

trató Bruno de consolarles prometiéndoles regresar cuanto antes; todos le dijeron que no se separarian jamás de su lado, y que era preciso que ó se quedase en la Cartuja ó les llevase consigo á Roma. Viendo Bruno su resolucion accedió á que le acompañasen, y suplicó á San Hugo, antes de su partida, que vigilara su eremitorio y se lo conservase para su regreso.

Bruno fué recibido del papa con todas las consideraciones y muestras de estimacion, siendo retenido junto á su persona y admitido en el consejo eclesiástico para ser consultado sobre los asuntos de religion y de conciencia. En cuanto á sus compañeros fueron dignamente alojados en la ciudad; pero, ¡ay! el eco del mundo, el bullicio de una capital populosa, aun cuando fuera esta capital la corte cristiana, no tenia para aquellas pobres almas, amigas del silencio y del retiro, el encanto, la tranquilidad, el tesoro de inefables y perennes goces que guardaba entre sus desnudas rocas, entre su salvaje vejetacion, entre sus escarchas y sus tempestades, el árido desierto de la Cartuja. He ahí porque Bruno pidió humildemente al papa que le permitiera volverse; pero en fin, viendo que no podia conseguir este permiso, obtuvo al menos que sus seis compañeros regresasen á la Cartuja.

Partieron estos en efecto llevándose, nombrado por Bruno, á Laudvin por superior, y allí en la soledad del desierto, cara á cara con Dios y con la tempestad, volvieron, esquivadas palomas, á ocupar su antiguo y abandonado nido.

Aun cuando Bruno hubiese permanecido en Roma; no por esto sin embargo abandonó á sus discípulos; escribíales á menudo para darles saludables avisos é instruirles en todas las prácticas de la vida solitaria, contestando á todas sus dificultades, consolándoles en sus penas y animándoles á la perseverancia en la senda que emprendido habian.

Aunque esos caritativos avisos, dicen las crónicas y las historias, obtuviesen todo el éxito posible en sus corazones, viéronse sin embargo á punto de sucumbir á una tentacion que les suscitó el demonio enemigo de su progreso espiritual.

Qué tentacion seria esa que nos callan las crónicas y no nos dicen las historias?

Nosotros podemos sospecharlo, pero no debemos creernos autorizados á revelar nuestro pensamiento.

Sin embargo, no falta quien, mas audaz y atrevido que nosotros, ha dicho que en una noche de tempestad dos lindas penitentas se presentaron á llamar á las puertas de las chozas de aquella Tebaida, pidiendo asilo y refugio durante la tormenta. Eran, dice el cronista, dos demonios que habian tomado la figura de dos graciosas mujeres para tentarles.

Si es así preciso es confesar que habian elejido una seductora forma. Pero no hubo de valerles; las puertas de las cabañas permanecieron cerradas, y las dos mujeres, es decir los dos demonios, pasaron la noche al fresco y á la intemperie.

Los moradores de la Tebaida habian salido triunfantes.

Entretanto el piadoso Bruno que habia quedado en Roma por obediencia del papa, suspiraba siempre por su vuelta al desierto y gemia bajo el peso de los negocios que le abrumaban. Urbano II que le tenia en mucho y que no podia menos de mostrársele reconocido por los servicios que sin cesar le dispensaba, le llamó un dia en presencia de su corte.

— Pídeme una gracia, tú que nunca me has pedido ninguna,—le dijo.— Por elevada que sea la dignidad á que aspire, yo te subiré hasta ella ó la bajaré hasta tí.

— Volvedme á mi desierto,—contestó Bruno.

— Inexorable siempre!—murmuró el papa.

Y Urbano consintió aquella vez.

En esto, los habitantes de Reggio en Calabria que acababan de perder á su arzobispo se presentaron á pedir á Bruno por pastor, noticiosos de sus preclaras virtudes y de su merecida fama. Apoyó el papa su solicitud y la aprobó, pero opúsose Bruno prefiriendo á los honores del episcopado la soledad de su Cartuja, donde hubiera resueltamente regresado, á no haber temido que el papa, que á la sazón se disponia á viajar por Francia, le arrebatase de nuevo á sus yermos y á sus discípulos. He ahí pues, segun nos lo prueban los autores que hemos consultado, la causa de cambiar de resolucion el fundador de los Cartujos. Antes que esponerse á ser llamado otra vez á los honores, prefirió buscar una soledad en Calabria donde pudiera llevar á cabo su plan tan ardientemente anhelado.

Púsose efectivamente en camino con algunos discípulos que habia hecho en Roma y se detuvo en el desierto de la Torre, diócesis de Squilache, donde volvió á emprender los ejercicios de su solitaria vida con mas alegría y fervor que nunca, siendo aquel lugar muy conveniente al designio que tenia de vivir desconocido y olvidado de los hombres.

Sin embargo....

Pero aquí viene á reclamarnos su turno otra piadosa leyenda, otra peregrina crónica á la que no podemos ni debemos negar su respectivo sitio en estas pájinas.

Podeis en buen hora, si así os place, cerrar de nuevo vuestro corazon á

las creencias y permitir que asome pálida en vuestros labios la odiosa sonrisa del escéptico, podeis en buen hora gritar hasta que os falte el aliento: *Atrás, atrás las milagrosas consejas! Afuera los milagros! Ya no están en moda!*

Hacedlo si os atreveis.

Yo, buscando esfuerzo en mi conciencia de escritor, energía en mi entusiasmo de peregrino, fé en mi corazón de poeta, y de poeta cristiano, yo gritaré mas alto que todos vosotros: *Paso, paso á las piadosas leyendas! Paso á las santas tradiciones de nuestros padres! Los recuerdos de nuestros padres siempre están muy por encima de los caprichos de la moda!*

Prosigamos pues.

Una mañana el bosque en donde Bruno el anacoreta habia edificado su choza, se pobló de inmensos y cercanos rumores. Sorprendido en sus piadosas meditaciones el solitario, salió á la puerta de su pobre cabaña. El ruido se acercaba: era el que hacian una infinidad de cuernos de caza y los ahullidos de toda una jauria.

No tardó una pobre cervatilla en precipitarse en el claro del bosque donde estaba la ermita coronada con la cristiana cruz. El jadeante y perseguido animalito pareció, al hallarse allí, vacilar un momento para saber qué camino tomar, pero como un ser inteligente obedece á una súbita inspiración, se precipitó en la choza sin tratar de buscar su salvación entre la maleza del bosque. Sintióse Bruno conmovido ante aquella pobre cervatilla que se refugiaba en su cabaña como si en ella buscara un asilo y en él un protector. Así es que, repentinamente, cerró tras la cierva la puerta de su morada y, cuando la jauria y los monteros se presentaron en el claro, solo hallaron allí al blanco penitente de pié en el umbral de su modesta vivienda.

—Qué haces aquí? quién eres?—preguntó adelantándose hácia él un cazador que parecia ser el gefe de los otros.

—Que hago aquí?—contestó humildemente el solitario.—Pensar en Dios. Quien soy? Soy el anacoreta Bruno.

—Bruno!—esclamó asombrado el cazador.—Bruno, el santo y piadoso varon que rechaza la púrpura por el cilicio y el armiño por el desierto?... Oh!—continuó dirigiéndose á los demás:—de rodillas! de rodillas todos. Doblád la frente ante la virtud triunfante.

Y todos cayeron de rodillas, porque el nombre de Bruno era universalmente conocido como el tipo de la virtud y de la santidad.

—Oh! no, no, hijos míos!—se apresuró á decir el solitario confuso an-

te tanto honor; y levantándoles uno tras otro:—Oh! no! de rodillas ante Dios, no ante mí, que soy el mas humilde de sus siervos!

Ahora bien, el cazador que habia hablado y que era en efecto el gefe de toda aquella comitiva, era Roger conde de Sicilia y de Calabria, uno de los mas famosos capitanes de la época.

Desde aquel dia, el conde volvió frecuentemente á la ermita donde le gustaba pasar las horas en piadosa conversacion con el anacoreta al que quiso dar una prueba de su estima. Mandó engrandecer su ermita, dióle algunos domicilios, é hizo edificar allí mismo una doble iglesia que fué consagrada bajo la invocación de la santa Virgen y de San Estevan, y que fué despues llamada San Estevan *in bosco*.

La liberalidad de Roger halló su recompensa.

Un dia fué á despedirse del anacoreta, pues que se encaminaba en persona á poner sitio á la rebelde Capua.

—De cerca ó de lejos, mis oraciones os seguirán siempre, le habia dicho Bruno al darle el último adios.

Capua resistia. Todo el valor y esfuerzos del conde se estrellaban ante sus murallas. Su ejército empezaba á cansarse de sitio tan prolongado, y estraños rumores, entre los que se mezclaba la palabra siempre impia de *traicion*, habian llegado ya varias veces á oídos de Roger.

Una noche habíase este retirado á su tienda donde, tendido por las fatigas del sueño, no tardó en quedarse completamente dormido. Acababa apenas de cerrar los ojos, cuando le pareció ver que se descorrían las cortinas de su tienda y que un hombre de aspecto venerable y de hábito talar penetraba en ella con paso lento y llegaba hasta el pié de su lecho. Parecióle tambien que aquel hombre era Bruno y que le decia:

—Levanta y corre á las armas, conde Roger! El peligro te rodea y la traicion te acecha. Uno de tus capitanes, Serge, ha prometido entregarte esta noche á los sitiados. Le ayudan varios gefes de tu ejército á quienes ha podido seducir con oro y con promesas. Levanta pues, conde Roger, levanta y corre á tus armas!

La vision desapareció y el conde despertó sobresaltado.

Era aquello un sueño? era una realidad?... Sea lo que fuere, Roger se tiró de la cama, cojió sus armas, salió de su tienda y... y halló ser realidad lo que le dijera la vision de Bruno.

Serge, al verse descubierto, tomó la fuga con los conjurados; los sitiados que habian salido de la plaza fueron derrotados por las tropas de Roger que,

en el ardor y entusiasmo de la victoria, pidieron dar en seguida el asalto. El conde contestó arrimando el primero una escala al muro.

El combate fué encarnizado, pero la ciudad cayó aquella misma noche, y el conde Roger regresó victorioso á su castillo de Squilache. A su vuelta, ofreció á Bruno todos los bienes que le pertenecian en el territorio de Squilache, pero el amor á la pobreza impidió al digno anacoreta aprovecharse de las liberalidades de aquel príncipe.

Bruno no quiso admitir nada mas. Provisto ya por la generosidad del conde Roger de lo necesario para mantenimiento de su monasterio, no pensó mas que en dedicarse al cuidado de este. Hacia reinar en su casa el mismo espíritu de humildad, de silencio, de retiro y de mortificación que habia establecido en el de la Cartuja.

La muerte fué á sorprenderle entre sus trabajos de piedad y ejercicios de virtud.

Cuando Bruno sintió que se acercaba el término de su existencia, mandó reunir á los religiosos al rededor de su lecho, é hizo en su presencia como una especie de confesion pública de toda su vida; en seguida les declaró sus pensamientos sobre todos los misterios de su religion, protestando que los creia con fé pura y manifiesta. Estendióse mas largamente sobre el de la Eucaristía á causa de las disensiones que entre los fieles acababa en aquel entonces de promover la opinion de Berenger, y el domingo siguiente, 6 de octubre de 1101, entregó su alma al Criador sin haber aun alcanzado, segun parecer del mayor número de sus biógrafos, la edad de cincuenta años.

Su cuerpo fué depositado por sus religiosos en la iglesia de San Estevan, tras del altar mayor. El mismo dia de su muerte se descubrió al pié de su tumba un manantial de agua salutífera, pues que no tardó en hallarse ser especialidad para cura de ciertas enfermedades.

Así murió este hombre verdaderamente santo, con la misma tranquilidad y paz con que siempre habia vivido; pero como si con él hubiese acabado el soplo de la piedad divina, como si con su último suspiro se hubiese subido al cielo el espíritu religioso y la fé cristiana que le habian animado, el monasterio de Calabria no perseveró en su primitiva senda y echó bien pronto en olvido los preceptos sublimes de su santo fundador.

Las puertas del retiro de Bruno abriéronse de par en par ante la relajacion que un dia se presentó á llamar á ellas. Fueron descuidadas las reglas, holladas las instituciones, escarnecido el nombre del digno, del piadoso, del grande anacoreta.

Bruno debió de estremecerse de horror en su tumba al ver el desórden en que cayeron sus discípulos y al verles sobre todo precipitarse con la cabeza baja por la senda impia que ante ellos estendia su alfombra de flores, y sus verjeles apetitosos, convidándoles á gozar de sus sibaríticos placeres y de sus mundanos ócios.

Semejante escándalo no pudo menos de afectar en alto grado al gefe de la Iglesia; los Cartujos fueron proscritos del monasterio y se les relevó del cargo de guardianes de la tumba de su fundador, cuya memoria no habian sabido honrar.

La órden del Cister, los hijos de San Bernardo, sustituyeron á los discípulos indignos de San Bruno, hasta que en 1513 el papa Leon X devolvió el monasterio á los Cartujos, juzgando mas conveniente que ellos fuesen depositarios del cuerpo de su santo fundador que los religiosos de otra órden, y que no era justo que una tan célebre congregacion se viese privada del lugar donde estaba este sagrado depósito por los desarreglos de algunos particulares que, en perdiendo á su padre y á su fundador, habian abandonado su espíritu y su zelo causando así la pérdida de aquel monasterio (1).

Hasta entonces se habia descuidado su memoria y no se le habia rendido ningun culto religioso, al menos en Calabria, aun cuando estuviesen persuadidos de su santidad: Los demás Cartujos, que habian conservado su espíritu con su instituto, habian cuidado mas de hacerle los honores, pero parecia no obstante que no osaban rendirselos públicamente.

Leon X, al decir de las historias, sintióse por ello tan conmovido que sin informarse absolutamente de los milagros de San Bruno, y no tomando en cuenta mas que las acciones santas de su vida, ordenó en 1514 que se celebrase solemnemente su fiesta todos los años, el 6 de Octubre, en todas las casas de Cartujos con oficio propio y que se hiciera memoria en los oficios de todos los dias. Permitted levantarle altares, construir iglesias en su nombre, é invocarle por toda la cristiandad. Despues de canonizacion tan célebre, los Cartujos de San Estevan *in bosco* de Calabria, sacaron de la tumba el cuerpo de San Bruno para esponerle á la veneracion pública, y diéronse de sus reliquias á varios lugares.

Posteriormente el papa Gregorio XV estendió la fiesta de este santo mas allá

(1) El padre Heiyot.

de la orden de los Cartujos, é hizo insertar su oficio en el breviario romano bajo el rito semidoble.

Clemente X ordenó que fuera doble. Así es como se premió en muerte el hombre cuya santa vida se habia consagrado por entero á la meditacion, al silencio, á las conversaciones frecuentes con Dios en los lugares mas apartados y desiertos. La conviccion íntima, la fé cristiana, el sentimiento innato de religiosidad que le habian dado fuerzas para atravesar con planta segura y firme el largo camino de una vida sembrada de escollos, hallaron su recompensa en la fama que estendió su nombre y en la auréola de santidad con que se le coronó.

Para los hombres, Bruno el anacoreta se convirtió en Bruno el santo.

II.

LOS CARTUJOS.

DIGAMOS algo ahora de los hijos de San Bruno.

Todas las noticias que tenemos y que hemos podido recojer nos demuestran que en sus principios no hizo grandes progresos la orden de los Cartujos, puesto que, en vida de Bruno, solo dos Cartujas se fundaron: la del Delfinado que fué conocida en lo sucesivo con el nombre de *La gran Cartuja*, y la de San Estevan en Calabria.

Cuarenta años despues, bajo el generalato de Guignes I, existian ya otras tres casas bastante oscuras y pobres por aquel entonces, pero á las cuales estaba sin embargo reservada una desusada celebridad. Eran los monasterios de Portes, San Sulpicio y Meriac.

San Bruno no habia dejado escrita ninguna regla para la conducta de sus religiosos. Este vacío es el que se encargó de llenar Guignes, hombre de caracter enérgico, de fé ardiente, el cual puede mirarse como el segundo fundador de su orden, á causa no solo de la sabiduría de su gobierno sino tambien de la solidez de las leyes que estableció. Bajo su generalato fué cuando la gran Cartuja, este tronco robusto que debia contar un dia en Europa ciento setenta y dos retoños, comenzó á echar y á estender profundas raíces en el suelo cristiano.

Cediendo á las instancias de San Hugo obispo de Grenoble que lo habia solicitado, para satisfacer á los priores de las casas de Portes, San Sulpicio y Meriac que se lo habian pedido, para que en fin fuesen uniformes las observancias, Guignes redactó con el auxilio, ora de la tradicion, ora de sus propias inspiraciones, los estatutos que llegaron á ser la constitucion de todas las casas que dependian de su autoridad, los cuales se publicaron con el título de PRACTICA DE LA GRAN CARTUJA.

Segun ella, cada Cartuja debia tener para director espiritual y temporal un prior elegido por la comunidad.

Las casas estaban autorizadas para recibir tantos monjes y legos ú *oblato*s cuantos pudiesen mantener.

Agregados á las cartujas habia además cierto número de afiliados subalternos, la mitad religiosos y la otra mitad legos, proveyendo á sus necesidades, los cuales se designaban con el nombre de *rendus* y estaban dedicados al cultivo de las tierras del convento. Uno de estos podia ser clérigo y llamado al diaconado, mas si ambicionaba el sacerdocio pasaba á otro orden.

Segun esta misma regla, cada convento debia elegir entre sus miembros un fraile para amasar el pan, un zapatero, un cocinero, un pastor y otro para que inspeccionase las labores del campo.

Cada convento debia tambien componerse de dos claustros: uno alto que comprendia á los monjes bajo la direccion del prior, y otro bajo, reservado á los legos y *rendus*, bajo el gobierno del padre procurador.

Todos los dias de capítulo ó de fiesta solemne, les era permitido á los monjes hablar al cocinero, conversar entre sí y hasta en particular con los huéspedes religiosos que iban á visitarles, verse unos á otros, trabajar juntos y hablar trabajando; pero sin que nadie de fuera asistiese á la conversacion. Se les concedia tambien el insigne favor, aunque poco ambicionado, de abstenerse de pan, agua y sal tres veces á la semana y las ocho festividades del año.